

Morada al sur

Escribe: FRANCISCO JAVIER ZULUAGA ZULUAGA

En estos días, casi sin transparencia, he vuelto mi meditación hacia un texto de poesía. En un estante de mi biblioteca, imperceptible como la luz que se cierne entre los árboles, permanecía como un callado interlocutor. Quise, nuevamente, releerlo con un propósito determinado. Su lectura, para mí, significaba un punto de referencia para la comparación con los nuevos trabajos poéticos.

Al abrir su primera página, repentinamente, sentí la sensación de los galopes de jóvenes y hermosos caballos, con sus sombras curvas, brillantes, que ascendían veloces por las jadeantes hierbas de las tierras del sur. Eran tan reales, pero, a la vez, parecían surgir del azulado país de los sueños. De la estructura total del poema, cuya factura pertenece a la mejor tradición de la poesía castellana, brotaban una a una las imágenes. Los paisajes del sur, con sus pieles de sol, de la realidad se transportaban al inefable cielo de la poesía. La poesía misma se hacía realidad. Tomaba el contorno de un árbol, se vestía hoja por hoja, en cuyo follaje se mecía un viento misterioso.

Los elementos que utiliza Aurelio Arturo, en su poesía, encierran una belleza virgiliana y nos recuerdan la bondad del hombre que tala bosques y fabrica con sus maderas embalsamadas las canoas que transportan el canto río abajo. Es una poesía, escrita en la rodilla de los ángeles, poesía pura, por cuyas arterias fluye el cristal del día y en la punta de sus ramas florecen los luceros.

Esta poesía escrita en época no muy lejana, pertenece a aquellos tiempos, en que los poetas eran semidioses, ajenos al esquema de la sociedad técnica que amontona su chatarra al pie de los monumentos del arte. Entonces era bueno trabajar en el país de la poesía. Pero de pronto, como sucede en los paisajes,

la patria y el mundo se vieron ensombrecidos. Los conflictos sociales, sin más, se opusieron a los dulces sueños de los poetas. La sociedad hecha de puertas cerradas, de drogas, de represiones y de prohibiciones, arrojó de su seno a los creadores del canto. Estamos en la edad del poder, puro y simple. El poeta, igual que Rimbaud, va a disfrutar su temporada en el infierno. Han desaparecido una cultura, una civilización y un estilo de vida. Se han abierto las puertas a un mundo repulsivo. El lenguaje obsesivo del poeta, reiterado, esotérico, no podía ser inteligible sino para los de su secta.

Apareció, desde luego, el técnico. Con su lenguaje numérico que no era el de la poesía, nos habla de retribución, de planeación, de comercio libre y de rehabilitación. Era el nuevo mago que presentaba las técnicas y los útiles como condicionando, por sí solos, en su contexto particular, como dice Sartre, las relaciones sociales. El hombre necesita nuevos símbolos para vivir que, de todas maneras, no son los utilizados en los trabajos poéticos. La nueva raza, compuesta por calaveras sin sentimiento y sin imaginación, se tomó por asalto las palancas de una sociedad en decadencia. Como reacción, ante el nuevo mecanismo montado, apareció el poema de protesta, inscrito dentro de las confusas normas de la nueva estética. El sueño creador de los poetas del mundo se hizo añicos —como los espejos— al pie de los vertederos de aguas oscuras. Se les obligó a escarbar en la ruindad de la realidad humana. Su libertad creadora se ha visto comprometida con las circunstancias de la época. Los poetas caminan en la oscuridad, tanteando, para representar resignadamente el personaje social que se les asigna.

El poeta, con su canto de protesta, se apuntala en la angustia causada por la amenaza permanente a su existencia. No hay sitio para su genio, a no ser que se dedique a oficios que nada tienen que ver con su talento. El mundo detesta su originalidad que, bajo cierto punto de vista, representa al hombre excepcional. Pero la sociedad es una hidra de siete cabezas que reclama, para sí, esclavos, muchos esclavos. Hombres conformes, comprometidos, pues no hay sitio para el heroísmo, como método de regeneración para la humanidad.

La flor de la poesía, la viva flor de la poesía, pese a la protesta de los poetas, caerá pulverizada bajo el golpe despiadado de las bombas de cobalto. Este será el destino del poeta y de la poesía misma.